

EL EPITAFIO DE ABERCIO

San Abercio

(Escrito alrededor del año 216)

INTRODUCCIÓN

San Abercio, obispo de Hierápolis, ciudad situada cerca de Esmirna y hace mucho desaparecida, fue un religioso que combatió vigorosamente los cultos paganos, cuyo retorno fuera propiciado por un decreto del emperador Marco Aurelio.

La belleza y pureza de las viejas fiestas culturales de los griegos, al igual que la inocencia y nobleza de los Misterios eleusinos, se habían ido pervirtiendo en forma creciente a medida que se extendían hacia el sur de la península itálica, la Magna Grecia y su posterior adopción por los romanos. Las feroces bacanales del siglo II no tenían ya nada que ver con la esencia de los ritos dionisiacos, surgidos cientos de años antes. El cristianismo naciente se confrontaba con la degeneración de los antiguos dioses. Abrumado, Abercio rogaba al “Dios de las misericordias, criador y conservador providente del mundo”, por la protección de “las ovejas fieles frente a los peligros del lobo que amenaza devorarlas”. Un día tuvo un sueño: un joven le entregaba una vara y le decía: “Levántate, Abercio, ve y castiga en mi nombre las apostasías de este pueblo”.

Ni corto ni perezoso, se lanzó a la palestra y él solo desarrolló un combate difícil, de inicios azarosos y desalentadores, en el que al fin numerosos milagros determinaron su victoria. Venerado, aún antes de su muerte, por las multitudes, San Abercio mereció el título de “isoapóstol” (título especial otorgado por la Iglesia ortodoxa a un santo, considerándolo “igual a los apóstoles”) . La Iglesia griega propagó su culto, que se incorporó luego a la latina. Pasado mucho tiempo, se creyó que la historia y hasta la existencia del portentoso personaje había sido sólo una leyenda, hasta que el arqueólogo William Ramsay descubrió su tumba y el epitafio que el mismo santo había hecho grabar sobre ella, antes de morir.

Fuente

El epitafio de san Abercio

En <https://es.catholic.net/op/articulos/54826/cat/115/el-epitafio-de-san-abercio.html#modal>

La Inscripción de Abercio, un texto hagiográfico griego que, sin embargo, ha sufrido alteraciones, y una inscripción griega del siglo II nos han dado a conocer a un cierto Abercio, obispo de Hierópolis, en Frigia que, a mediados del siglo en cuestión, dejó su ciudad episcopal y visitó Roma. En su camino a casa viajó a través de Siria y Mesopotamia y fue recibido con grandes honores en varios lugares. Él murió poco después de su retorno a Hierópolis, pero no antes de haber compuesto su propio epitafio, llevando la más vívida impresión de todo lo que él había admirado durante su estancia en Roma. Este epitafio bien pudo haber inspirado la Vida de Abercio tal y como ha llegado a nosotros, ya que todos sus detalles se pueden explicar por las alusiones contenidas en la inscripción, o de otro modo, pertenecen a la base común de todas las leyendas de los santos. La Vida, de hecho, incluye una transcripción del epitafio.

Tillemont se sorprendió fuertemente por las ideas allí expresadas y Pitra se esforzó por probar su autenticidad y su importante repercusión en el simbolismo cristiano. Renan consideró tanto la Vida como la inscripción como composiciones fantasiosas, pero en 1882 un viajero inglés, W. Ramsay, descubrió en Kelendres, cerca de Synnada, en Frigia Salutaris (Asia Menor), una estela cristiana (tabla inscrita) que llevaba la fecha del año 300 de la era frigia (216 d.C.). La inscripción en cuestión recuerda la memoria de un cierto Alejandro, hijo de Antonio. De Rossi y Duchesne enseguida reconocieron en ella frases similares a aquéllas en el epitafio de Abercio. Al compararlas se encontró que la inscripción en memoria de Alejandro correspondía, casi palabra por palabra, con el primero y últimos versos del epitafio del obispo de Hierópolis; faltaba toda la parte del medio.

El señor Ramsay, en una segunda visita al sitio de Hierópolis, en 1883, descubrió dos nuevos fragmentos cubiertos con inscripciones, construidas en la albañilería de los baños públicos. Estos fragmentos que están ahora en el Museo Cristiano Vaticano, completaban la parte del medio de la estela inscrita con el epitafio de Abercio. Se hizo posible ahora, con la ayuda del texto conservado en la Vida, restaurar el texto original del epitafio con certeza práctica. Ciertas lacunae, letras borradas o cortadas por las rupturas en la piedra, han sido motivo de profundas discusiones, produciendo un texto que de aquí en adelante puede parecer seguro y que puede ser de gran ayuda darlo aquí.

La interpretación de esta inscripción ha estimulado esfuerzos ingeniosos y controversias muy animadas. En 1894 G. Ficker, apoyado por O. Hirschfeld, se esforzó por probar que Abercio era

un sacerdote de Cibeles. En 1895 À. Harnack ofreció una explicación que era suficientemente obscura, al hacer a Abercio representante de un sincretismo religioso mal definido, arbitrariamente combinado de tal manera como para explicar todas las porciones de la inscripción que eran inexplicables. En 1896, Dieterich hizo a Abercio sacerdote de Attis. Estas teorías plausibles han sido refutadas por varios arqueólogos eruditos, especialmente De Rossi, Duchesne y Cumont. Ni tampoco hay más necesidad de entrar en las cuestiones surgidas en una parte u otra; las conclusiones siguientes son indiscutiblemente históricas. El epitafio de Abercio generalmente es considerado y con buena razón, más viejo que el de Alejandro, el hijo de Antonio, es decir, anterior al año 216 d.C. Su tema puede identificarse con un escritor llamado Abercio Marcelo, autor de una obra contra los montanistas, algunos fragmentos de la cual han sido conservados por Eusebio. Como el tratado en cuestión fue escrito aproximadamente el año 193, el epitafio puede asignarse a los últimos años del siglo II o comienzos del III. El escritor era obispo de un pequeño pueblo, cuyo nombre se da mal en la Vida, ya que pertenece a Hiérópolis en Frigia Salutaris, y no a Hierópolis en Frigia Pacatiense. La prueba de este hecho dada por Duchesne es todo lo que se pudiese desear.

El texto de la inscripción misma es de la mayor importancia posible en relación con el simbolismo de la Iglesia primitiva. El poema de dieciséis versos que forman el epitafio muestra claramente que el idioma usado no es entendido por todos; que el hermano que entienda esto ore por Abercio. Simplemente se menciona el viaje del obispo a Roma, pero en su camino a casa él nos da las fases principales de su itinerario. Pasó a lo largo de la costa de Siria y, posiblemente, llegó a Antioquia, de ahí a Nisibis, después de haber atravesado toda Siria, mientras que su retorno a Hierópolis puede haber sido por vía de Edessa. La alusión a San Pablo el Apóstol, que un hueco en el texto hace indescifrable, puede haber dicho originalmente cómo el viajero siguió en su camino de vuelta las etapas del tercer viaje misionero de San Pablo, es decir: Issus, Tarso, Derbe, Iconio, Antioquia de Pisidia y Apamea Ciboto que lo traería al corazón de Frigia.

La inscripción da testimonio de gran valor para la importancia de la Iglesia de Roma en el siglo II. Una simple mirada al texto nos permite notar: (1) la evidencia del bautismo que marca a las personas cristianas con su sello deslumbrante; (2) la difusión del cristianismo a cuyos miembros Abercio encuentra por doquiera; (3) el recibimiento de Jesucristo, el Hijo de Dios y de María, en la Eucaristía, (4) bajo las especies de pan y vino.

El culto litúrgico de Abercio no presenta ningún punto de interés especial; su nombre aparece por primera vez en los menologios griegos y sinaxarios del siglo X, pero no se encuentra en el Martirologio de San Jerónimo.

Fuente

*Inscripción de Abercio
En https://ec.aciprensa.com/wiki/Inscripci%C3%B3n_de_Abercio*

La reina de todas las inscripciones cristianas antiguas es el epitafio de Abercio. En 1883, el arqueólogo W. Ramsay, de la Universidad de Aberdeen, en Escocia, descubrió cerca de Hierópolis, en la Phrigia Salutaris, dos fragmentos de esta inscripción, que ahora se encuentran en el Museo de Letrán.

Un año antes había hallado un epitafio cristiano de Alejandro, del año 216, que es una imitación de la inscripción de Abercio.

Con la ayuda de este epitafio de Alejandro y de la biografía griega de Abercio, del siglo IV, publicada por Boissonnade en 1838, fue posible restaurar el texto íntegro de la inscripción.

Comprende 22 versos, un dístico y 20 hexámetros.

Narra brevemente la vida y acciones de Abercio. El texto fue compuesto hacia finales del siglo II, ciertamente antes del 216, fecha del epitafio de Alejandro.

El autor de la inscripción es Abercio, obispo de Hierópolis, que lo compuso a la edad de setenta y dos años. El gran acontecimiento de su vida fue su viaje a Roma, que describe.

La inscripción está redactada en un estilo místico y simbólico, según la disciplina del arcano, para ocultar su carácter cristiano a los no iniciados. Su fraseología metafórica dio origen a una viva controversia luego de descubierto el monumento. Muchos sabios, como G. Ficker y A. Dietrich, trataron de probar que Abercio no era cristiano, sino un adorador de la diosa frigia Cibeles, mientras que A. Harnack llamó a Abercio un sincretista. Sin embargo, De Rossi, Duchesne, Cumont, Dölger y Abel lograron demostrar con éxito que tanto el contenido como el estilo revelan indudablemente su origen cristiano.

La importancia teológica de este texto es manifiesta. Es el más antiguo monumento en piedra que habla de la Eucaristía.

El pastor casto, del cual Abercio dice ser discípulo, es Cristo. Él fue quien lo mandó a Roma

a ver a la Iglesia, «la reina de áurea veste y sandalias de oro», y a los cristianos, «pueblo que tiene un sello resplandeciente». El término sello (σφραγίς) para significar el bautismo era muy conocido en el siglo II.

Por todas partes, en su viaje a Roma, encontró correligionarios, que le ofrecieron la Eucaristía bajo ambas especies, pan y vino.

El pez de la fuente, muy grande y puro, es Cristo, según el acróstico ΙΧΘΥΣ.

La Virgen inmaculada que cogió el pez es, según el modo de hablar de aquel tiempo, la Virgen María, que concibió al Salvador.

Fuente

*Prof. Johannes Quasten. Patrología I.
Biblioteca de Autores Cristianos. 3a. Edición. Madrid. 1978. Págs. 174-175*



EL EPITAFIO DE ABERCIO

1. Yo, ciudadano de una ciudad distinguida, hice este monumento
2. en vida, para tener aquí a tiempo un lugar para mi cuerpo.
3. Me llamo Abercio, soy discípulo del pastor casto
4. que apacienta sus rebaños de ovejas por montes y campos,
5. que tiene los ojos grandes que miran a todas partes.
6. Este es, pues, el que me enseñó... escrituras fieles.
7. El que me envió a Roma a contemplar la majestad soberana
8. y a ver a una reina de áurea veste y sandalias de oro.
9. Allí vi a un pueblo que tenía un sello resplandeciente.
10. Y vi la llanura de Siria y todas las ciudades y Nísibe
11. después de atravesar el Éufrates; en todas partes hallé colegas,
12. teniendo por compañero a Pablo, en todas partes me guiaba la fe
13. y en todas partes me servía en comida el pez del manantial,
14. muy grande, puro, que cogía una virgen casta,
15. y lo daba siempre a comer a los amigos,
16. teniendo un vino delicioso y dando mezcla de vino y agua con pan.
17. Yo, Abercio, estando presente, dicté estas cosas para que aquí se escribiesen,
18. a los setenta y dos años de edad.
19. Quien entienda estas cosas y sienta de la misma manera, ruegue por Abercio.
20. Nadie ponga otro túmulo sobre el mío.
21. De lo contrario pagará dos mil monedas de oro al erario romano
22. y mil a mi querida patria Hierópolis.

0-0-0-0-0-0

Fuente
*Prof. Johannes Quasten. Patrología I.
Biblioteca de Autores Cristianos. 3a. Edición. Madrid. 1978. Págs. 175*

*Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora*